

# PRIMER CONGRESO MARIANO NACIONAL

CUMPLIENDO el secular mandato del Gólgota, los católicos argentinos se congregaron en la Villa de Luján, a los pies de la pequeña Virgen Morena, para proclamar, una vez más a la faz del mundo, que la Madre de Cristo es también su Madre.

El altar, presidido por la histórica imagen entre arbotantes y arcos quebrados, tenía por fondo la armoniosa sobriedad de la Basílica cuyas esbeltas agujas semejaban representar el ideal místico de las almas allí reunidas: elevación de mentes y de corazones hacia Dios. Enfrentaba el estrado la estatua ecuestre del General Belgrano, que en simbólico gesto parece ofrecerle la bandera que sostiene su diestra, a fin de que la bendiga constantemente y sea por los siglos de los siglos, bandera de paz, de justicia y de derecho.

Era la tarde primaveral del 8 de octubre cuando se realizó la solemne apertura de la Asamblea Mariana.

Dejando atrás la ciudad capital, que lleva el nombre de la Virgen Marinera del Buen Aire, bajo cuya advocación la fundara el noble caballero castellano Don Pedro de Mendoza, el Legado del Vicario de Cristo, camino al tradicional Santuario, atravesó las puertas de las llanuras majestuosas y dilatadas, donde el soplo fresco del viento, que corría rizando las hierbas, traía el olor de altamisa y cardo, de trébol y menta...

Saludada por los asambleístas la llegada del Presidente de la Nación, ministros, legisladores y jefes de las fuerzas armadas, que en feliz convergencia con el pueblo concurrían a manifestar el sentir y pensar nacional en su amor a la Patrona de la Patria, se aguardó con fervor la presencia del representante del Pontífice Romano. Con gritos de júbilo y cánticos entusiastas se recibió al Cardenal Legado y su comitiva, destacándose entre ella el séquito pontificio, que con sus políceromos uniformes y

vestimentas, con sus golillas, yelmos y penachos pusieron una amable nota estética, de profundo contenido histórico.

En nombre del gobierno y pueblo de Buenos Aires, le dió la fervorosa bienvenida con vibrante y justa palabra el gobernador, que hizo resaltar la tradición católica y mariana de estas tierras. El Obispo de Mercedes, Monseñor Seraffini, incansable propulsor de la devoción a María de Luján, significó el hondo contenido del primer congreso nacional mariano y finalmente mientras latían fuertes los corazones acelerados por el fervor, se escuchó el discurso del Príncipe de la Iglesia.

A la hora del Angelus, cuando las primeras sombras del atardecer caían sobre la Villa, tocó en su fin la jornada inaugural y los congresistas llegados por todos los senderos de la Patria, desde Humahuaca al norte, desde los valles y cerros cordilleranos hasta las selvas chaqueñas y llanuras pampeanas, se dispersaron, después de haber unido sus corazones todos los argentinos en su centro natural, en el camarín de la Virgen vestida de Patria, donde quizá como en ningún otro lado se llega a penetrar en la noble y gran alma argentina.

Al clarear la madrugada, con el Santo Sacrificio, comenzó la

la segunda jornada, elevando los niños católicos argentinos su canto blanco, puro e inocente, a la Madre Admirable, Azucena de los valles, y Flor de los campos, para pedir por la paz de la Patria, y por la de un mundo que vive en tinieblas.

Entre sonos marciales, redoblar de tambores, sonar de fanfarras y clarines, las fuerzas armadas, cumpliendo con la tradición gloriosa que le legaron los bizarros guerreros de la Independencia, rindieron culto de veneración a la Generala de los Ejércitos de la Patria. El Príncipe de la Iglesia, Cardenal Caggiano, les dirigió una brillante y profunda alocución: *“Aquí —expresó— hoy percibimos como hombres de fe: lo visible y lo invisible. Con nosotros está todo este conjunto armonioso que nuestro amor ha asociado al homenaje a la Madre de Dios: el cielo azul y sin nubes, el sol irradiando su luz y desgranándola en mil colores, el aire saturado de aromas de Primavera, el Altar con sus lienzos, sus bronces, sus luces y su incienso, y en torno de él vuestras madres, vuestras esposas, vuestros niños, vuestros sacerdotes, obispos, y éste vuestro Cardenal que un día fué Vicario General del Ejército, y que hoy quisiera que los resplandores de su púrpura romana besaran los pliegues de la*

*Banderas de la Patria, vuestras armas y vuestros corazones de soldados*". Recordando brevemente algunos hechos históricos que vinculan indisolublemente el Ejército Argentino con la Santísima Virgen terminó diciendo: "*Señores Generales, Jefes, Oficiales y Soldados. Hoy, más que nunca, para que no nos destruya la concepción materialista y atea, foránea y extraña a nuestra historia y a nuestra vida nacional, digamos con decisión y con nuestros hechos: por Dios y con la Virgen María, en defensa de nuestra tradición histórica y por la paz del mundo. Pro aris et focis.*

*Por nuestros hogares, por nuestros altares, en la justicia social y en la fraternidad cristiana.*

*No nos avergonzaremos jamás de Dios ni de la Virgen María*".

Singular belleza y unción revistió el pasear de la pequeña Señora por las aguas del río que perpetúa el nombre del bravo Capitán que dejara su vida en la lucha con el indio. Plegarias, cantos, flores primaverales acompañaron desde las verdes orillas a la embarcación que se deslizaba lentamente por las mansas aguas.

Cintas azules y blancas con la medalla de la Inmaculada, fué la nota característica del tercer día en que los congregantes marianos honraron a su Madre Purísima

Constituyó otra emotiva ceremonia la entrega de la imagen de Nuestra Señora de Copacabana. Desde las orillas del legendario Titieaca, donde se alza su majestuoso santuario frente a los picachos nevados de la Cordillera de los Andes, la Virgen esculpida en 1582 por el descendiente del imperial linaje incaico, Francisco Titu Yupanqui, bajó por cerros y valles hasta llegar a la verde pampa, portadora del afecto fraternal de sus hijos, los bolivianos.

Las diferentes etapas del desenvolvimiento histórico nacional se vieron simbolizadas en un ilustrativo desfile.

Fué el aceitunado indio pampa, semi-desnudo, montado en peb, con su caña tacuara, el que trajo el sabor de las llanuras yermas que se dilataban infinitas bajo el sol, sin reparo ni sombra, y donde sólo era roto su solemne silencio por los gritos guturales de los aborígenes, el chillar de los teros, el graznar de los chajás, el relinchar de los baguales, o el correr de los ñandúes.

El lento andar de la carreta quinchada, con el chirrido de sus ruedas, las interjecciones del boyero para azuzar las yuntas, revivió la etapa colonial.

El fuerte y brioso caballito pampa, con sus aperos, sujetado

por la diestra mano del gancho que en domas bravías o en tierras donde luchaba cuerpo a cuerpo con las bestias chúcaras o boleando ganados cimarrones, jugaba su vida frente a la fuerza bruta, fué la encarnación de la patria que nacía pujante.

La sopanda verde de Belgrano, la berlina roja de Juan Manuel de Rosas, el tiburón de Vélez Sársfield y la carroza presidencial de Sarmiento, rememoraron décadas de nuestro pasado, con sus luchas, sus conquistas y sus glorias.

Al alba del domingo, día de la raza y de la despedida, la "Stella Matutina" recibió como primer saludo el de los romeros venidos a pie a rogarle sus mercedes.

Promediaba la dorada mañana, cuando se inició el gran pontifical oficiado por el Legado del Beatísimo Padre, quien en su homilía señaló todo lo que la bondad maternal de María Santísima significa en las almas, en la Iglesia, en la Naciones y en la Argentina, hija privilegiada de María.

Vibrando en los aires voces de júbilo y dulces canciones marianas de millares de congresistas, se realizó la solemne procesión, poniendo fin a la misma la consagración a la Virgen de Luján,

que leyó el Legado Papal.

Latían aún fuerte los corazones al conjuro de purísimos sentimientos religiosos y patrióticos, que en las estrofas del Himno Nacional y el "Adiós, Reina del Cielo" habían encontrado su expresión verbal, cuando un silencio solemne y majestoso invadió la Asamblea. Sólo una voz se oyó, era la voz del Supremo Pontífice de la Cristiandad, que con paternal cariño se dirigía a sus amados hijos argentinos en una composición poética de hondo contenido doctrinario. Después de recordar con palabras emocionada el memorable trigésimo segundo Congreso Eucarístico Nacional, dijo Su Santidad: *"El pobre mundo, como si quisiera retroceder veinte siglos, hasta las aberraciones de la decadente sociedad pagana que pone sobre sus altares ídolos de lujuria, soberbia, codicia y como consecuencia natural el odio contra todo el que pueda disputarle su ración mezquina, su placer, su miserable parcela, su dominio o una gota que pueda apagar aquella que no es la sed de agua sino de metal. Vosotros en cambio, queréis en este momento renovar vuestro vasallaje a la que es símbolo de toda pureza "Mater Castissima", encarnación de la más completa humildad: "Ecce Ancilla Domini", y personificación*

del más total desprendimiento; a Aquélla que, como nadie, es "Ma-  
ter Pulchrae Dilectionis", ejem-  
plar perfecto de caridad y amor.

Prometed a María dedicaros con todas vuestras fuerzas a conservar, favorecer la dignidad y santidad del matrimonio cristiano; la instrucción religiosa de la juventud en las escuelas; la aplicación de las enseñanzas de la Iglesia en la ordenación de las condiciones económicas y la solución de la cuestión social. Ser fieles a la Iglesia en estos puntos fundamentales de la civilización cristiana será hoy prueba palmaria del verdadero y genuino amor a María y a su divino Hijo. Prometedle también, de acuerdo con el espíritu del Congreso, profundizar cada día más en su devoción, que si es la que debe ser no podrá menos de conducirnos a la aplicación integral de los principios y las normas de la vida cristiana, sin incurrir en el error de los que quieren visiblemente pavonearse dándose las de cristianos y al mismo tiempo sostener aquellas doctrinas que con el cristianismo son incompatibles.

... "¡Oh, Santa María! ¡Oh, nuncio de la paz! —que de Dios eres madre— al mundo salvad y obtened finalmente para el mundo una paz próxima, estable y justa y que en este momento solemne que tanto consuelo ha procura-

do a nuestro atormentado corazón de padre, las mejores bendiciones de lo alto desciendan sobre todos vosotros, sobre nuestro dignísimo Cardenal Legado y sobre todos nuestros celosos hermanos en el Episcopado, que con su superación y presencia han querido contribuir al mayor esplendor de estas solemnidades y sobre todo al amadísimo pueblo argentino tan presente siempre en nuestro recuerdo y en nuestro paternal afecto".

Pío XII, quien por sus acrisoladas virtudes y brillante talento, se presenta como un faro de luz en este mundo que vive en tinieblas, señaló en su alocución a los católicos argentinos conceptos fundamentales que deben moverlos a honda meditación.

En una sociedad angustiada y resquebrajada por doctrinas opuestas pero igualmente ateas, materialistas y esclavistas, donde la una, si bien parece respetar la libertad político-civil del ser humano, la convierte en un mito al someterlo económicamente a la esclavitud del inhumano despotismo capitalista, la otra, presentándose como reacción a estas injusticias y coacciones, conduce al individuo a la pérdida de todas las libertades en pos de la igualdad económica, que sólo es obtenida por medio de la esclavitud a un

Estado monstruo que todo lo devora, donde todos los "yo" personales desaparecen en el "yo" estatal.

Los católicos, hoy más que nunca, deben estar convencidos que la única esperanza de salvar nuestra civilización de la grave crisis en que se encuentra, la más terrible de cuantas la han afectado desde que adquirió sus caracteres fundamentales entre los siglos II y V de nuestra era, reside en la posibilidad de construir un mundo nuevo desde el punto de vista católico. De ahí la necesidad de un conocimiento profundo de la Fe, de esa Fe que transformó al esclavo en hombre libre, al sostener que una de las condiciones esenciales del alma humana es la libertad. Libertad que está limitada por el código moral del evangelio y en el orden político-social por toda ley positiva humana que no le contradiga.

El restablecimiento de la cultura católica será el clima necesario para que las enseñanzas de la Iglesia en la ordenación económico social fructifiquen. Empeño vano será pretender establecerlas en una sociedad pagana, herética o totalmente indiferente. En una atmósfera saturada de filosofía católica será posible una más justa y equitativa distribución de la propie-

dad privada, el poder político-civil controlando el despotismo de los monopolios y el fomento del trabajo cooperativo. Así se habrá construido un nuevo estado donde los hombres podrán vivir dentro de la felicidad que puede esperarse de la naturaleza humana caída por el pecado original. No se habrá creado una sociedad paradisíaca, pues no es posible entrar de nuevo en el paraíso en esta vida. Tampoco habrán terminado los principales males morales que aquejan a la humanidad, pues, estos no provienen de disposiciones político-económicas sino de la corrupción del corazón. Se habrá trabajado, sin embargo, por descartar ese sentimiento insoportable de injusticia social, esa protesta que amenaza hacer naufragar la civilización cristiana.

Ante el requerimiento del Supremo Pastor, se responde con un Sí—eco del "Hágase en mí según tu palabra" de María— o con el "No serviré" del ángel rebelde y caído. No existe, ni puede existir posición intermedia; ya lo señaló con severa admonición el Pontífice: "*sin incurrir en el error —dijo— de los que quieren visiblemente pavonearse dándose las de cristianos y al mismo tiempo sostener aquellas doctrinas que con el cristianismo son incompatibles*".

*Mercedes Terrén*